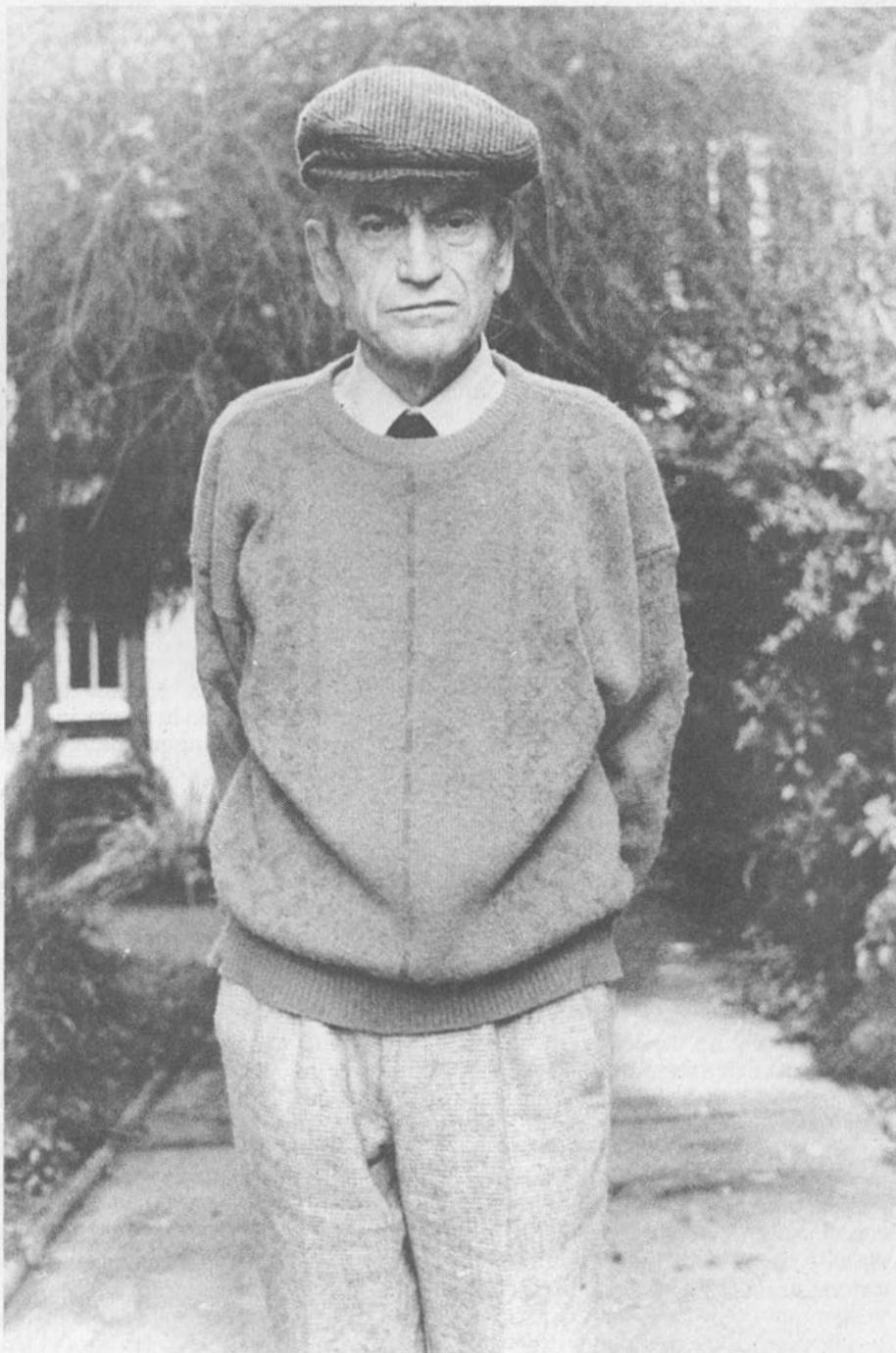


Un silencio interrumpido apenas dos veces

Poeta singular, oculto, silencioso, con diploma de abogado, ajeno al ruido de la ciudad, gozador de la naturaleza y de su campito en Isla de Maipo, Alberto Rubio ha ocupado buena parte de sus últimos cuarenta años de vida (tiene 61) en escribir poemas, pero sólo ha publicado dos libros. El primero, editado en 1952, fue La greda vasija, y el segundo, aparecido en 1987, y que le valió el premio anual de la Academia Chilena de la Lengua, se titula Trances. A pesar de la escuálida cantidad de versos suyos de que se dispone en escaparates y estanterías del país, lo de Rubio en la poesía chilena es interesante porque escapa a cualquier vestigio de moda literaria para internarse en una cabalgata difícil, solitaria: la que lucha con el lenguaje en busca del verso justo, el verso que a veces se pierde por años pero que siempre retorna para ser escrito, para dar con su lector, con el hombre destinado a sus símbolos.



Inés Paulino

-Luis Sánchez Latorre dijo una vez que la cálida acogida que tuvo su primer libro, *La greda vasija*, influyó en su decisión de no animarse a seguir publicando, a pesar de que usted nunca ha dejado de escribir. ¿Qué hay de cierto en eso, porque, mal que mal, usted ha sido un poeta bastante oculto: guardó 35 años de silencio poético antes de publicar *Trances*?

-Yo creo que lo que dijo Sánchez Latorre puede ser cierto, pero no tan cierto. Es verdad que yo partí con esa perspectiva, porque ésa es mi índole. Y es verdad también que yo pude haberme forjado tal vez una carrera, pude haber partido en otra forma, y simplemente seguir publicando, lanzando

uno y otro libro para mantener un prestigio que ya me había sido concedido. Y lo habría obtenido, no me cabe ninguna duda...

-¿Pero?

-Pero yo tardaba en la publicación de un libro porque no pienso que mi trabajo esté logrado de partida. Yo

no me considero un artista maduro. Y para mí escribir me parece que debe ser una aventura, y con mayor razón si se trata de versos, porque creo que ahí hay menos logros. Pienso que en poesía, en verso, se hacen muchos intentos, pero no siempre logrados. Como que los autores se quedan un poco en la partida, ¿no? Como que hay algo que no los hace avanzar. No sé si tendrá que ver con el talento o no, pero creo que ocurre así. Entonces, descubrir que uno a través del verso puede expresarse, eso es una maravilla, es fantástico. Y si se hace bien, con justeza, uno se siente contento.

-¿Y se sintió contento cuando publicó *Trances*?

-Sí, bueno, yo noté que me estaba demorando mucho en sacar un conjunto más grande de poemas. Entonces pensé en un nuevo libro, y por cuánto no pasé, porque yo en *Trances* me puse a probar mi talento, mi creación, mi trabajo. Creo que logré el fruto. Y, además, conjuré el peligro de la dejadez. En todo caso, creo que hay muchos escritores de talento que escribieron muy poco. Juan Rulfo, por ejemplo: un tipo extraordinario. Nadie puede reprocharlo por haber publicado apenas dos libros.

-Usted ha dicho que el lenguaje mismo es un valor de la tradición, y que si alguien quiere cambiarlo, al lenguaje, tiene que probarlo.

-Sí, claro. Tiene que probar la validez del cambio, la propiedad del cambio, la justeza del cambio.

-¿Cómo evalúa usted la justeza del cambio en su poesía? Porque en ella se da una tensión entre la tradición -la rima, el verso endecasílabo, el soneto- y una especie de forma nueva que contenga estos elementos de la tradición, pero que a la vez sea en sí una expresión original.

-En primer lugar, se requiere de una lectura y un conocimiento de las formas tradicionales, ¿no? Y luego de una apropiación de estas formas, aunque la expresión de uno debe salir espontáneamente, y no ser buscada de modo deliberado. Cuando uno se apropia del lenguaje y empieza a operar con él, no opera caprichosamente con él, sino de manera justificada. Se requiere, entonces, que el cambio sobrevenga como una necesidad expresiva. Y si la expresión sale violenta o desafiada, quiere decir que simplemente no se ha dado en el clavo.

-¿Y qué asegura que *Trances* dio en el clavo?

-El autor es el primero en saber

cuándo acierta con el verso, con el poema. Yo sostengo que para ser buen poeta hay que ser buen artista y tener plena conciencia de ciertos resortes. No basta sólo la inspiración desnuda. Lo interesante es poder controlar a la inspiración. No que la inspiración lo maneje a uno, sino que uno, en cierto modo, la conozca, la haga venir, esté con ella y -digámoslo así- pueda aprovecharse de ella como autor. Yo pasé un lindo período precisamente antes de publicar *Trances*. Trabajaba con muchas zozobras, porque a veces el libro estaba ya en la imprenta y yo descubriría que había poemas que no me satisfacían: corregí mucho en la imprenta, incluso agregué nuevos poemas.

-Tengo entendido que el título del libro también lo encontró cuando ya los poemas estaban en la imprenta.

-Así es, y me costó mucho encontrar el título justo. Yo quería tener plena conciencia de lo que estaba haciendo. Cuando me llegó el título, *Trances*, me expliqué mejor la realidad que estaba expresando en el libro. Eso me significó iluminar qué es lo que era cada poema en el fondo: un poema-trance. Pero este libro salió por su cuenta, hizo fuerza, impuso su propia ley. Yo no soy un escritor de orden cerebral. Estoy muy lejos de eso. La gracia estaba, entonces, en no engañarme: naturalidad, espontaneidad, originalidad, aprobación total en la imprenta; aprobar los poemas cuando fueran míos hasta en la menor inspiración de aire, con ninguna palabra que a mí me resultara chocante.

-Más que satisfecho, entonces.

-Sí, claro. Me interesó el desafío de probar hoy la validez de las formas tradicionales, siempre que se aportara un contenido nuevo que no fuera el de las expresiones del siglo XVII, pero sí de Hispanoamérica. Esto me sedujo mucho. Yo no creo que en *Trances* haya sonetos derivados de tal o cual autor. Se ha hablado de Góngora, de Quevedo. Cuando yo vi eso puesto en la contratapa del libro, pensé que a lo mejor había un parecido, pero al menos el propósito mío era que cada poema estuviera escrito con espontaneidad absoluta. Y creo que así fue: se me presentaba el tema y comenzaba a luchar con él para poder expresarlo. Este libro, para mí, es el hallazgo de una estructura de la vida a través del lenguaje mismo. Todos los momentos de la vida están sindicados como trances, diversos momentos que un hombre puede vivir en la vida, pero en una condición que nunca es la definitiva.

-En *Trances* se advierte una gran variedad temática: desde un poema como "Estoico", donde se libra una singular lucha con un zancudo, con versos como "Contra mi piel practica esgrima pura/ no lo alcanzo después de la estocada", hasta un poema como "Padre", bella elegía a su hijo Armando, también poeta.

-Es curioso, pero en ese poema, en "Estoico", que se ve tan sencillo, tan simple, la confrontación con la forma del soneto tiene su gracia, ¿no? El zancudo me fregaba, volaba alrededor de mí, quizás en mi campito de Isla de Maipo, hasta que resultó la forma que yo necesitaba, que yo quería. Y ese poema, puesto al lado de "Padre" o de "Comensal", sirve para ilustrar la diversidad de temas, una cosa que a mí me fascina porque está en la vida misma, y que además ayuda a probar si uno tiene o no talento poético.

-Usted es uno de los poetas vivos y contemporáneos que continúa empleando la rima. ¿Por qué lo hace si hoy el verso y la poesía en general han liberalizado muchísimo sus formas? En otras palabras: ¿qué distingue a la rima de sus poemas de la que empleaban, por ejemplo, Quevedo y Góngora?

-La rima es bastante tradicional, pero ocurre que generalmente en la literatura castellana se ha usado una rima de tipo racional. A veces muy bien usada, ¿no?, con grandes autores, como Quevedo y Góngora, y, entre los más nuevos, Miguel Hernández. Pero en esa rima siempre hay algo de racional, algo de peso, de pesadez. Eso siento yo. ¿Qué pasa con la rima de *Trances*? Yo siento que ahí la rima no es simplemente un adorno, sino que además sirve para la expresión del tema. De algún modo ella también saca el inconsciente. A mí me parece que la rima en *Trances* es ilustre, inusitada, imprevista.

-¿De veras cree que la rima en la poesía de Miguel Hernández se siente de manera racional, con pesadez?

-No siempre, es verdad. Lo que pasa es que él es muy acertado. Creo que Miguel Hernández es uno de los tipos fascinantes que trabajó con el tradicionalismo y escribió sonetos bastante atractivos, modernos, llenos de calidez. Otro que trabajó las formas tradicionales fue Federico García Lorca.

-Usted estudiaba leyes cuando hizo un trabajo sobre García Lorca y se ganó una beca para viajar a España. ¿Qué tal ese viaje?

-Estuve becado un año, entre el



48 y el 49. Era la época de Franco y había muchas restricciones. Eso podía ser un poquito pesado, ¿no? Pero uno como extranjero no tenía problemas, salvo que se pusiera a vociferar o a disparar en la calle. Un amigo mío, un poeta boliviano que ya no vive, lo hacía: gritaba en medio de las fiestas, en un sentido festivo, decía lo que se le ocurría y nunca fue sancionado. Es probable que nunca hayan escuchado lo que decía.

-Después volvió a Chile y siguió estudiando leyes.

-Sí, pero a regañadientes. Cuando volví de España, venía con todo el interés por la poesía. Yo había entrado a estudiar leyes después de vivir tres años en la Escuela Militar, lo que era algo así como pasar del Infierno al Purgatorio. Pero a mi regreso ya no era lo mismo: empezaron a salir los poemas de *La greda vasija* y yo indudablemente me desinteresé bastante por la carrera. Pese a eso, terminé mis estudios e incluso empecé a trabajar en un juzgado.

-¿Muy aburrido?

-Sí y no. Había cosas interesantes: los juicios criminales, ver la sucesión de una causa. Eso podía tener su justificación, su atractivo. Recuerdo que yo estaba de empleado, con un sueldo bajo, y ahí sentado escribía algún cuento a máquina.

-¿Qué leía? ¿Qué lee ahora? ¿Cuál es su relación, por ejemplo, con la poesía chilena?

-Bueno, yo considero que los mayores logros de la poesía chilena son poemas aislados, más que volúmenes. Por ejemplo: a pesar de que *Residencia en la tierra*, de Neruda, es bastante pareja, se da que hay poemas mejores que otros, ¿no? Para qué decir la obra posterior de Neruda: es muy desigual. En *Canto general* hay muy buenos poemas, pero también una masa de poemas que no son válidos. Para mí, la autora con más conciencia poética en Chile es Gabriela Mistral. Ella es mucho más pareja que Neruda. Trabaja con mucha conciencia. Sus libros son realmente destacados. Y tanto *Desolación* como *Tala*. Yo prefiero *Tala*, pero no puedo decir que lo romántico

de *Desolación* no tenga validez. Yo creo que Gabriela Mistral siguió con libros buenos hasta el último, ¿no? Creo que a ella el verso le viene como anillo al alma. Lo ha sabido usar en forma espontánea, estupendamente. En naturalidad, en precisión expresiva, creo que les ganó a todos.

-Y de lo que se está escribiendo hoy en poesía, ¿hay algo que usted lea?

-No. Entre los autores contemporáneos me asomo a leer lo que veo, eso es verdad, pero siempre estoy en guardia, observándolos, agazapado. Entre los chilenos que creo tienen buenos poemas, está Carlos Pezoa Véliz. Tiene unos dos o tres poemas fantásticos, estupendos, como "Entierro en el campo", "Tarde en el hospital", y creo que por ahí hay otro.

-Se ve que usted es un lector un tanto exigente. ¿Cómo encara la lectura de un texto? ¿Cree usted, como Borges, por ejemplo, que la belleza es un misterio más emparentado con la emoción que con la retórica o la sicología o el análisis estructuralista?

-Para mí, mientras mejor sea un libro, o algunas páginas de él, mejor se percibe la realidad a la que se refiere ese libro. Indudable que hay misterios. No sé. *El Quijote*, por ejemplo, es un libro presumiblemente bueno, pero en cuanto a escritura no tiene perfección. Está escrito bastante al lote.

-Mm.

-Es curioso: ¿por qué *El Quijote* tuvo tanto éxito? Tiene que haber habido algo con el tema, una cosa de historia, ¿no? Parece que *El Quijote* lo escribió Cervantes en la cárcel, una cosa así, ¿no?

-Eso dicen.

-Creo que sí. Mucho mejores que *El Quijote* fueron otras novelas de Cervantes. Mucho mejor escritas.

-¿Adscribe usted a la necesidad de sentir placer cuando lee, o es tozudo y se afana en seguir aunque un libro no le agrade en un primer momento?

-Parece que tengo las dos cosas. El tesón para estarme leyendo las *Soleadas* de Góngora, pero bien leídas, hasta su total comprensión, aunque me detenga en la mitad o poquito después de la tercera parte. Y también la falta de paciencia. Me ocurre con *Santa Teresa*. No sé por qué no he podido seguir leyéndola. Escribe en una forma bien caprichosa, mala, repetida. Por otra parte, se le ve garra y entusiasmo. Creo que voy a tener que resolver ese misterio. *

Francisco Mouat